

ENTRE EL DESASTRE Y LA FANTASÍA: EL PND

Buenos Deseos. El último Plan Nacional de Desarrollo (PND) se encuentra en algún punto entre la dura realidad -el desastre económico, político y moral- y el deseo de imaginar un país distinto.

Efectividad. Los grandes documentos del poder, como es el PND, no deben de tomarse como diagnóstico exactos ni como compromisos reales. Generalmente, se trata de simples armas del arsenal gubernamental, meros instrumentos en la interminable batalla por dominar la imaginación colectiva. Ahora bien, la efectividad de este tipo de instrumentos depende, al menos, de dos condiciones: a) la habilidad y la credibilidad de quien lo emplea, y b) el grado de congruencia entre el contenido del documento y la realidad. El PND tiene problemas en ambos casos.

En principio, el objetivo de todo discurso político es manipular el receptor para hacerle creer que en su interés coincide con el poder. Y para ello el discurso no tiene empacho en recurrir lo mismo a los símbolos patrios que a los prejuicios colectivos, a las esperanzas que a los temores, a las crudas realidades que a las francas falsedades. Al respecto, Maquiavelo hizo notar al príncipe que, en general, los gobernados son seres tan simples y se conforman con tan poco, que siempre están dispuestos a dejarse engañar por las promesas de los poderosos.

La historia electoral reciente -1991 y 1994- es una muestra de la veracidad de lo afirmado por Maquiavelo. Sin embargo, resulta que nuestro príncipe ha abusado de la credulidad de los mexicanos. Hoy, ya no hay tantos dispuestos a oír el discurso del poder; esta vez la mayoría ni vio ni oyó al Presidente exponer su plan y el grueso de los que si lo oyeron o vieron, no le creyeron (*Reforma*, 4 de junio).

El Engaño sistemático. En este tiempo mexicano la corrupción de la clase política pareciera haber llegado a un nivel histórico. Los engaños de ese poder corrupto han ocurrido con tanta frecuencia que ya se han vuelto monótonos: "preparémonos a administrar la abundancia", "nadie está por encima de la ley", "una sociedad solidaria", "bienestar para tu familia", etcétera. Las consecuencias de la política oficial han sido tan desastrosas en esa zona en que el propio Maquiavelo aconsejaba prudencia -los bolsillos de los súbditos- que la frustración y el enojo han dejado poco espacio para la credulidad de un discurso que dice buscar: "Fortalecer el ejercicio de la soberanía; construir un país de leyes y justicia para todos; alcanzar un pleno desarrollo democrático; impulsar un desarrollo social con oportunidades para todos los mexicanos; conseguir un crecimiento económico vigoroso, sostenido y sustentable.

Cinco Objetivos, Cinco Contradicciones. El PND del gobierno es defender la soberanía. Sin embargo, en este punto sus acciones lo contradicen. En efecto, los errores económicos de Carlos

Salinas primero y de Ernesto Zedillo después, obligaron al gobierno a acudir a Estados Unidos y a organismos internacionales en busca de un préstamo sin precedente para cumplir con los especuladores extranjeros a los que había invitado para inventar una falsa prosperidad. En principio se consiguieron 50 mil millones de dólares, pero a un precio tan alto como la soberanía misma.

La soberanía es la capacidad de las instituciones nacionales de manejar los asuntos internos en función de los intereses propios, sin tener que pedir autorización ni rendir cuentas al exterior, como es hoy nuestro caso. En efecto, el magapréstamo requirió no sólo pagar tasas de interés superiores a las normales y dejar en prenda el importe de las ventas de Pemex al exterior, sino que el gobierno mexicano tuvo que aceptar que el norteamericano supervise su política monetaria de tal forma que hoy ya no es libre de ejercer uno de los atributos básicos de la soberanía: imprimir y poner en circulación la masa monetaria que consideremos apropiada. Finalmente, Hacienda tiene que rendir cuentas periódicas y verídicas de la evolución de nuestras principales variables económicas. Hay algo de status colonial en nuestra relación con el vecino del norte.

Y por lo que respecta a construir un país de leyes, ni siquiera vale la pena ahondar en el tema ahora que por publicaciones externas sabemos que el narcotráfico y las más altas esferas del poder mexicano se han tratado con intimidad

(véase el último número de *Newsweew*). Y como botón de muestra de lo que pasa en el mundo judicial, está el caso del magistrado numerario con licencia, Abraham Polo Uscanga, que acaba de denunciar que fue presionado primero y secuestrado y torturado después, por no haber aceptado actuar en contra de los dirigentes del Sindicato de Trabajadores de Ruta 100, como lo deseaba el Ejecutivo. Por lo que se refiere a alcanzar un pleno desarrollo democrático, la posibilidad se antoja aún remota frente a la permanencia en la mesa de discusión política de temas que ni siquiera deberían ya existir, como son los conflictos postelectorales del sur: Chiapas, Tabasco y ahora Yucatán.

¿Y frente a la miseria descubierta por la rebelión chiapaneca, qué decir de la propuesta postPronasol de "impulsar un desarrollo social con oportunidades de superación para todos los mexicanos"? El modelo económico adoptado y defendido por Zedillo, es simplemente incapaz de generar empleo para evitar que la pobreza se ahonde. ¿Oportunidades para todos, ahora que el cierre de empresas ha elevado la tasa de desempleo abierto al doble de lo que era en 1991, el salario real lo ha bajado a menos de la mitad de lo que era hace 20 años y tiene al 53 por ciento de los trabajadores ganando el equivalente a menos de dos salarios mínimos?

Finalmente, está el ofrecimiento -una vez más- de un crecimiento "vigoroso, sostenido y sustentable". El PND asegura que cuando llegemos a superar la actual emergencia económica -

fecha que nadie conoce- y logremos el ahorro interno necesario, podremos crecer al 5 por ciento anual en promedio. Desafortunadamente los precedentes no respaldan la promesa. El plan de desarrollo de José López Portillo propuso un crecimiento anual promedio del PIB del 6.1 por ciento pero únicamente lo logró del 3.4 por ciento. Con Miguel de la Madrid se aseguró que creceríamos al 5.5 por ciento y sólo se hizo ¡al 0.1 por ciento! Finalmente, Carlos Salinas, en un plan presentado el 31 de mayo de 1989 por el propio Ernesto Zedillo, prometió que su neoliberalismo lograría un crecimiento promedio del 5.7 por ciento, pero apenas si consiguió el 2.9 por ciento.

El Retorno al Origen con una Diferencia. El PND actual recuerda en un aspecto importante al primer plan que se puso en marcha en México: el famoso Plan Sexenal del General Lázaro Cárdenas (1934-1940). Como en el de ahora, en ese plan original había muy pocos compromisos cuantitativos y abundaban los cualitativos: reforma agraria, nacionalismo económico, apoyo a la organización del sector obrero, educación, etcétera. Tampoco se especificó de dónde saldrían los recursos para lograr sus objetivos, pero hasta allí llegan las similitudes y empiezan las diferencias.

El compromiso presidencial de 1934 se cumplió en sus aspectos esenciales porque hubo voluntad política y apoyo sustantivo, cosa que no ocurre hoy. Desde su actuación como jefe de la zona petrolera y como gobernador de Michoacán, el general Cárdenas mostró tener un compromiso auténtico con los

intereses de los mexicanos más pobres, y estar dispuesto a enfrentar las consecuencias de afectar intereses creados. Y en relación a los apoyos sociales del proyecto político, desde el primer momento el cardenismo se empeñó en forjar una gran alianza entre la Presidencia por un lado y los campesinos y sindicatos organizados por el otro. Para lograr las metas de su plan, el presidente Cárdenas no sólo se deshizo rápidamente de los principales obstáculos políticos en sus propias filas -el ex presidente Plutarco Elías Calles, los gobernadores, los legisladores, los generales, los caciques y los líderes obreros conservadores-, sino que con igual rapidez y decisión construyó las alianzas populares que le permitirían superar resistencias y redistribuir la riqueza tal y como lo había prometido. La reforma agraria, la política obrera, la cruzada educativa y la nacionalización de la industria petrolera, fueron la concreción del Plan Sexenal. Hoy, y salvo por la ruptura con Carlos Salinas, las señales equivalentes no se ven.

El PND actual se encuentra suspendido en el aire. Los beneficiarios del neoliberalismo que en otras circunstancias le pudieron apoyar, están debilitados y luchando por su vida, y el mejor ejemplo de ello son los banqueros, muchos de los cuales simplemente no sobrevivirán a la actual crisis. La Iglesia se ha tornado un aliado problemático y la alianza de la Presidencia con el PAN ya no es lo que era, al punto que en la actualidad la dirigencia blanquiazul está llamando a la resistencia civil para resolver el problema electoral de

Yucatán. La clase media, hasta hace muy poco dispuesta a creer en el gobierno, hoy se muestra muy resentida por la traición del salinismo: se le había prometido el ingreso al primer mundo pero en realidad se le afianzó en el subdesarrollo. Por otro lado de la organización corporativa tradicional, las cosas están peor: el movimiento campesino ya no existe, el movimiento obrero está en plena decadencia, el partido de Estado está resquebrajado por feroces pugnas internas y a la defensiva frente a los avances electorales de la oposición.

El único apoyo fuerte con que cuenta hoy Ernesto Zedillo y su proyecto de gobierno, el PND incluido, es el gobierno norteamericano y las instituciones financieras internacionales. Pero justamente en ese apoyo económico sin precedente del presidente William Clinton a México, lo que le está causando problemas a la Casa Blanca con una opinión norteamericana conservadora y aislacionista.

En conclusión, el PND tiene algunos elementos positivos, pero por ser el instrumento de un régimen en decadencia, es difícil que logre convencer y movilizar el apoyo que necesita para no ser un fracaso más en la larga cadena. Lástima.